

## LA CONCEPCIÓN ARONIANA DE LA HISTORIA\*

*Adriana María Suárez Mayorga\*\**

**Resumen:** En este artículo se reflexiona sobre la concepción que tenía Raymond Aron de la historia y del oficio del historiador. La primera entendida como una reconstrucción o reconstitución a la que sólo es posible aproximarse por la propia experiencia y el segundo concebido como una interpretación ligada tanto al método empleado como a las fuentes recopiladas por el investigador.

**Abstract:** Raymond Aron's conceptions about History and the historian's craft are discussed in this paper. The first one is understood as a reconstruction or a reconstitution to which an approach is only possible by the self experience. The second one is conceived as an interpretation, related equally to the method employed and to the sources that were gathered by the researcher.

Raymond Aron fue un intelectual comprometido con su época; nacido en 1905 en París y fallecido en 1983 en la misma ciudad, tuvo la posibilidad de vivir la mayor parte de los acontecimientos que dieron forma al siglo XX; de hecho, el haber presenciado el desarrollo de dos guerras mundiales, la crisis financiera de 1929, el ascenso del nazismo y el surgimiento de los totalitarismos de izquierda y de derecha que marcaron irremediamente el devenir del mundo occidental, hicieron de él un testigo de primera mano de la situación imperante durante dicha centuria.<sup>1</sup> La experiencia de esa

---

\* Se agradece al Lic. Eugenio Kvaternik por las observaciones realizadas a este artículo.

\*\* Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá; Magíster en Historia Iberoamericana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Su correo electrónico es: am\_suarezm@yahoo.com

realidad le imprimió a sus disquisiciones un carácter crítico que con el paso del tiempo –y a pesar de las múltiples oposiciones que suscitaron sus escritos dentro del entorno académico– fueron ratificando su pertinencia para comprender el escenario político que iba a resultar de tales procesos.

El camino para llegar a ser reconocido como uno de los pensadores más importantes del siglo pasado no fue, sin embargo, fácil; en su propio país “Raymond Aron tuvo que luchar durante años contra la indiferencia del medio universitario. La ignorancia y la manipulación de sus ideas y de sus análisis se explican porque, pese a sus denodados esfuerzos, no logró sus traerlos al efecto perverso de la hegemonía de una sola corriente de pensamiento y de la politización del conocimiento. Durante la mayor parte de su vida Aron tuvo que soportar la descalificación de su trabajo por parte de una comunidad universitaria que lo consideraba el ideólogo de la burguesía, enemigo de la paz o un maestro indigno de enseñar, según lo denunció Jean-Paul Sartre en 1968 en respuesta a su crítica al movimiento estudiantil”. Incluso, “no fue sino hasta finales de los años setenta que Raymond Aron recibió el reconocimiento que merecía” (Loeza, 1997: 369).

Es de anotar que la “precisión” de “algunas de sus propuestas” frente a la construcción del discurso histórico ocasionó que varios de sus biógrafos le atribuyeran la condición de historiador (Loeza, 1997: 367); empero, si bien es cierto que su frecuente propensión tanto por teorizar sobre la disciplina como por recurrir constantemente a ella para abarcar los temas que le interesaba examinar podrían legitimar que se le otorgara ese calificativo, también lo es (para ser justos con el propio pensamiento aroniano) que él nunca se asumió como tal.<sup>2</sup> La importancia de remarcar esta cuestión radica en que es precisamente la que permite establecer sobre qué parámetros conceptuales se van a cimentar las argumentaciones contenidas en el presente artículo. En esencia, el propósito cardinal de las páginas que siguen es reflexionar, a través del estudio de dos de las obras más relevantes dentro de la teoría aroniana del conocimiento histórico –en particular, *Dimensiones de la conciencia histórica* (Aron, 1983) e *Introducción a la filosofía de la historia* (Aron, 1984)– cuál era la concepción que Aron tenía tanto de la historia como del oficio del historiador.

Tal elección temática puede parecer paradójica a la luz de la constatación precedente pero tiende a desvanecerse tan pronto como se comienza a profundizar en los planteamientos que el mencionado intelectual galo formuló sobre la materia. De hecho, lo que sin duda se constata al leer sus escritos es que él nunca despreció o subestimó a la disciplina histórica; por el contrario, “precisamente porque” era consciente de su “fuerza” se dedicó a teorizar sobre ella con el fin de encarar a los distintos regímenes e ideologías que “inútilmente” intentaban “manipularla” (Loeza, 1997: 373). Esta inclinación de Aron por denunciar las arbitrariedades que en su nombre (o con su legitimación) continuamente cometían las distintas naciones del orbe –aunque en especial las que proclamando ser las poseedoras de la verdad absoluta ponían al mundo occidental “por modelo y juez de la civilización” (Aron, 1983: 32)– es además la piedra de toque alrededor de la cual se va a sustentar la hipótesis que aquí se quiere proponer: a saber, que a pesar de que en más de una ocasión él insistió en que no tenía la formación profesional de un historiador, la historia fue una disciplina fundamental en el desarrollo de su pensamiento, testimonio de lo cual no sólo son las numerosas observaciones que efectuó al respecto, sino especialmente sus análisis, sobre la realidad (pasada y presente) de la sociedad europea.<sup>3</sup>

En la misma línea de disquisiciones, no parece errado insinuar que la propia naturaleza humana de Aron fue la que lo encaminó a constituirse en un hombre de su tiempo, es decir, en un ser en permanente compromiso con el entorno sociopolítico que lo rodeaba, con la civilización a la que pertenecía (pese a que no era partidario del uso tiránico que a veces se hacía del término) pero sobre todo, con el ideal de razón que invariablemente priorizó.<sup>4</sup> La clave para entender su capacidad de aprehender la realidad de la cual fue espectador se cimentó en su condición de “pensador original”, interesado por cultivar un “género” que “él mismo definiría como “historiografía del presente”, es decir, por el análisis de las vicisitudes internacionales del siglo XX”. Es preciso aclarar, empero, que para él este género, antes que un tema *per se*, era un simple “aspecto de una más amplia indagación sociológico-política sobre las instituciones” de dicha centuria, razón por la cual creía que la forma correcta de abarcarlo era a través de la aplicación

“de un método de investigación” particular y de “una visión de las tareas (y los límites) de la ciencia social en la cual” tales instituciones se habían “forjado” (Panebianco, 2006: 26).

En procura de examinar con mayor detenimiento las ideas anteriormente expresadas, metodológicamente la exposición se dividirá en cuatro apartados: en el primero, se comentarán algunos datos biográficos de Aron haciendo especial énfasis en la influencia que tuvieron los acontecimientos históricos del siglo XX en su crecimiento académico e intelectual. En el segundo, se enfocará la mirada en los dos textos sobre los cuales se sustentará la argumentación, procurando establecer qué tipo de problemas epistemológicos fueron los que permearon estas obras; esta disertación facultará *a posteriori* para explicar brevemente cuál es la diferencia entre una postura positivista del acontecer histórico y la visión aroniana de la historia. En el tercero, se comentará cuáles son los planteos principales de la teoría de Aron con respecto tanto a la disciplina como al oficio del historiador. Finalmente, en el cuarto, se formularán una serie de conclusiones tendientes a examinar cómo se concibió la relación pasado-presente-futuro dentro de este esquema conceptual, para lo cual se enunciarán de manera sucinta algunas de las observaciones que el mencionado filósofo galo efectuó acerca de lo él denominó “el alba de la historia universal” (Aron, 1983: 273).

### **En medio de la convulsión**

La historia personal de Raymond Aron podría articularse, sin temor a caer en el anacronismo, al decurso histórico de la centuria pasada: en su transición de la infancia a la adolescencia fue espectador de los enfrentamientos que se desencadenaron tras el estallido de la Gran Guerra; en su madurez, presencié las crisis y las revoluciones suscitadas durante el período de entre-guerras; y en los decenios próximos a su muerte, asistió al inicio de la “edad de oro” de la economía occidental y al surgimiento de los conflictos que se desencadenaron después de finalizada dicha confrontación (Baverez, 2005: 38).<sup>5</sup>

Nacido en “una familia de origen judío, oriunda de Lorena, perfectamente integrada, profundamente patriótica y republicana”, él rápidamente se “consolidó como un producto ejemplar del sistema escolar y universitario de la III República”, circunstancia que lo “llevó del liceo Condorcet a la Escuela Normal Superior y más tarde a la cátedra de filosofía”. Sin embargo, según lo comenta uno de sus principales biógrafos, el hecho de estar “impregnado de la filosofía del Iluminismo” y de haber sido “educado en el culto a Platón y a Kant”, lo incapacitaron para comprender “la caída de Europa y del mundo en la violencia y en el terror masivo” que la época de la Guerra total dejó tras de sí, motivo por el cual su “personalidad” y los lineamientos cardinales de su “pensamiento” terminaron sufriendo transformaciones sustanciales con el paso de los años (Baverez, 2005: 38-39).

El advenimiento del nazismo señaló un antes y un después para el intelectual francés; en particular, “la doble ruptura de Aron con el socialismo y el pacifismo de su juventud” tuvo lugar en Alemania entre 1930 y 1933, lugar al que se “había trasladado para, por un lado, perfeccionar su vocación de filósofo y, por el otro, protestar contra el nacionalismo estrecho que impregnaba Francia” (Baverez, 2005: 39). En el período comprendido “entre 1934 y 1938 fue profesor durante un año en el Liceo El Havre”, reemplazando a “Sartre, quien estaba en la Casa Académica de Berlín”. Este ambiente lo inspiró para consagrarse a la escritura de “tres libros: “La sociología alemana contemporánea” (1935), “Ensayos sobre la teoría de la historia de la Alemania contemporánea” (fines de este mismo año) y su “Introducción a la filosofía de la historia” (1938)”, texto que presentó como su tesis doctoral “tres días después de la entrada de las tropas alemanas en Viena” (Galván Díaz, 1986: 164).<sup>6</sup>

El viaje que llevó a cabo por Alemania durante la década del treinta le permitió impregnarse (como sucedió con otros de sus compatriotas contemporáneos) de dos de las escuelas filosóficas que iban a dominar el continente europeo en el transcurso de las décadas subsiguientes: a) la neokantiana, desarrollada especialmente a partir de los estudios de Dilthey, Rickert y en menor medida, de Georg Simmel; y b) la fenomenológica, que estando regida por la obra seminal de Edmund Husserl, terminó convirtiéndose (gracias al trabajo

de discípulos como Sartre y Heidegger) en la base del existencialismo moderno (Strong, 1972: 180-181). En concreto, el efecto que tuvo en Aron “el trabajo de Dilthey consistió fundamentalmente en revisar la aproximación a la cuestión kantiana sobre la base del conocimiento por fuera del problema de la naturaleza”, con miras a enfatizar sobre “el problema de la historia”. Es así que, “mientras Kant había hablado de las correspondencias “naturales” entre el individuo y el mundo exterior, los neokantianos comenzaron a hablar de las correspondencias históricas. Esto movió rápidamente la línea hacia el relativismo”, ya “que si las correspondencias eran históricas más que naturales entonces no necesariamente eran las mismas para todos los hombres” (Strong, 1972: 180-181, mi traducción).

La escuela fenomenológica, por su parte, pese a que aceptó muchas de las correcciones efectuadas por los neokantianos, estableció el énfasis de un modo diferente: su preocupación no se centró tanto en los problemas de la sociedad—como lo había hecho Simmel—sino primordialmente en la constitución de la intencionalidad del observador y/o actor. Tal directriz alcanzó su máxima expresión en el pensamiento de Max Weber, sociólogo alemán que revolucionó las ciencias sociales al poner en entredicho la tradición positivista que había dominado la metodología de los estudios emprendidos desde finales del siglo XIX. En específico, él negó que el conocimiento objetivo de la realidad social planteado por el positivismo fuera posible, tesis que en contrapartida lo llevó a aseverar “que nuestra apreciación de esa realidad—que es la que las ciencias sociales supone investigar y entender—siempre” estaría “formada” y se correspondería “con las herramientas utilizadas” para examinarla. Siguiendo esta perspectiva, Weber afirmaba que se debía “aceptar únicamente una definición metodológica de la verdad”: ésta es, que las preguntas que uno hacía determinaban las respuestas que se iban a obtener (Strong, 1972: 180-181).<sup>7</sup>

Tomando en consideración el marco previo, la contribución específica de Aron a la teorización del problema del conocimiento científico residió esencialmente en restablecer el nexo que tenía el hombre con el mundo social: el intelectual, según él, debía tomar posición en favor de aquellos que parecían ofrecer a la humanidad la mejor oportunidad, premisa que no

sólo implicaba que no podía negarse a verse involucrado con el contexto que lo rodeaba sino que además, cuando fuera necesario que participara en la acción, debía aceptar las consecuencias de sus actos así fueran extremadamente duras (Strong, 1972: 183).

Historiográficamente se afirma, para retomar la argumentación central del apartado, que el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial fue una de las causas primordiales de la paulatina reconfiguración del sistema explicativo de Aron; incluso, la mayoría de sus biógrafos comentan que al momento de iniciarse los enfrentamientos, en 1939, él dictaba la clase de Filosofía social en la Universidad de Toulouse, cátedra que no se prolongó por mucho tiempo más debido a que pronto abandonó la academia para alistarse en la fuerza aérea. Al parecer, el momento decisivo dentro de este devenir ocurrió después de que él, “destinado en un puesto meteorológico situado en el eje de la brecha alemana de las Ardenas”, evidenció “de lleno el choque de la derrota y del desastre”. Luego de la rendición francesa ante los ejércitos liderados por el régimen nazi, pero sobre todo, tras “haber tenido conocimiento” (por medio de su esposa) del discurso pronunciado por el general Charles De Gaulle en la BBC con miras a exhortar al pueblo galo para que continuara la resistencia contra la invasión alemana (acto conocido con el nombre del Llamamiento del 18 de Junio de 1940), Aron decidió embarcarse hacia Londres, ciudad a la que partió el 24 del mismo mes “con una división polaca” (Baverez, 2005: 40).

Una etapa “destacada” en su “carrera” durante los años que van desde 1940 hasta 1944 fue justamente “la de su colaboración con la revista mensual francesa, editada en Inglaterra, “La France Libre””. De “esta experiencia” nacieron “otros dos libros: “El hombre contra los tiranos” y “Del armisticio a la insurrección nacional””. En su función de “escritor político, ensayista para decirlo con más propiedad, Aron estuvo a cargo del análisis de la situación de Francia durante la guerra” y de hecho, “fue el redactor de una sección, titulada “La crónica de Francia”” (Galván Díaz, 1986: 165).<sup>8</sup>

La destitución de su cargo en la Universidad por ser judío fue otro serio golpe para la formación intelectual de Aron; la destrucción de sus libros

(suceso ocasionado a causa de su inclusión “en la lista Otto”) fue en alguna medida el gesto fundacional del constante recelo que en adelante mantuvo con el mundo académico de la segunda mitad del siglo XX. En conformidad con los postulados de Francisco Galván Díaz, tanto su “compromiso anti-comunista” como su “respaldo al RPF” le significaron verse “sometido a un auténtico exilio interior” que no sólo se puso de manifiesto en su total marginación del escenario universitario y de la intelectualidad de la época sino, especialmente, de su propia condición de observador, circunstancia que, no obstante, le permitió gozar *a posteriori* de “una libertad y una independencia de criterio únicas en la Francia” de entonces (Galván Díaz, 1986: 165-166).

Los años de la postguerra le significaron la publicación del *Gran sisma* y *La guerra en China*, obras a las que le siguieron textos como *El opio de los intelectuales* y *Pensar la guerra: Clausewitz*. En esta misma etapa, Aron fue elegido para la cátedra de sociología en La Sorbona; con su nombramiento en dicha plaza consiguió claramente “unificar la docencia con la producción de libros y el ejercicio periodístico”, vocación que confirmó en 1957 cuando salieron a la luz *La tragedia argelina*, y una recopilación de tres ensayos denominada *Esperanza y miedo del siglo*. En los años siguientes publicó *Argelia y la república* (1958), viajó a Estados Unidos y a Cuba (1961) y editó *Paz y guerra entre las naciones* (1962), escrito en donde se enfocó en “demostrar cómo podrían estudiarse las situaciones globales”, introduciendo para ello nociones tales “como sistemas homogéneos y sistemas heterogéneos”. Igualmente, en 1963 se imprimieron sus *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, libro en donde retomó “algunas de las ideas presentadas” durante el curso que dictó en el período lectivo 1955-1956 (Galván Díaz, 1986: 165-166). Finalmente, entre 1968 y 1972 colaboró con la radio *Europe número 1*; y durante los años transcurridos entre 1970 y 1983 se desempeñó como profesor de Sociología de la Cultura moderna en el *Collège de France*, centro de enseñanza ubicado en París al que permaneció adscrito hasta que murió.



## Meditando sobre la conciencia histórica

Es innegable que las reflexiones de Raymond Aron en torno a la historia están fuertemente permeadas por su formación filosófica; empero, Pierre Hassner asevera que “con la excepción de una carta del Profesor Henri Gouhier”, citada por Aron en sus *Memorias* y escrita con “ocasión de la aparición de “The Century of Total War””, todavía en algunos círculos académicos no existe la suficiente atención acerca de qué tanto el historiador le debía al filósofo. El aludido autor inclusive argumenta que en la *Introducción a la Filosofía de la Historia* (uno de los trabajos primigenios del intelectual galo sobre la materia), la insinuación del título efectivamente apuntaba a ratificar dicha preeminencia, pues la idea que permeaba el texto era la de la existencia de una racionalidad histórica fragmentada y múltiple en sentido dual (desde el lado subjetivo, a partir de la pluralidad de interpretaciones y desde el lado objetivo, a partir de una concepción de las relaciones entre necesidad y causalidad tomada de Cournot) que lo facultaba para sostener que la lógica de la sociedad industrial, la lógica de las relaciones interestatales y la lógica de los movimientos ideológicos podían ser incluidas en una dialéctica que era a la vez inteligible e imprevisible (Hassner, 1985: 32).

La novedad de esta aproximación, “combinada con la sagacidad de los juicios de Aron y su cuasi-enciclopédico conocimiento”, no sólo le permitieron identificar (“mejor de lo que lo hicieron el resto de sus contemporáneos”) las características fundamentales del siglo XX, sino sobre todo, ponerlas en perspectiva, logrando de esta forma separarlas tanto por sus rasgos comunes como por aquellos que les eran singulares. La escogencia de ese camino le permitió a Aron efectuar un análisis del significado histórico y de las probables consecuencias de tales acaecimientos, reflexión que sin embargo siempre estuvo mediada por su asunción de que, en lo concerniente “al sentido último de la historia humana”, él “simplemente no sabía cuál era” (Hassner, 1985: 36).<sup>9</sup>

El conocimiento científico para Aron, como se señaló anteriormente, dependía de la relación del hombre con el mundo social, vínculo que según él estaba estrechamente ligado a la existencia de una conciencia histórica en el ser humano. Todos los individuos pensaban históricamente, máxima

que quería significar que siempre actuaban buscando “espontáneamente los precedentes en el pasado” y esforzándose “por situar el momento presente en un devenir” (Aron, 1983: 38). Lo interesante de este postulado es que “la conciencia del pasado” quedaba de esta forma definida como “constitutiva de la realidad histórica”, lo que no sólo significaba “que la realidad y el conocimiento de esa realidad” eran “inseparables”, sino también que “el hombre no” tenía “realmente un pasado más que” si poseía la “conciencia de tenerlo”. En otras palabras, en tanto que los seres humanos no tuvieran conciencia de lo que eran y de lo que fueron, era imposible que logran acceder “a la dimensión propia de la historia” (Aron, 1983: 13).

La traducción de este planteamiento al ámbito específico de la investigación histórica se articuló alrededor de dos postulados: a) que la realidad social estaba conformada por una multiplicidad de órdenes parciales que bajo ninguna circunstancia podían ser reducidos a un “orden global”; y b) que esta imposibilidad de descubrir un decurso universal en la sociedad moderna era precisamente la que exigía que la función del historiador científico no fuera simplemente la de un erudito que ponía orden sobre el caos de los hechos, sino también la de un sabio que sacaba a la luz las regularidades inscritas en el objeto (Strong, 1972: 184).<sup>10</sup>

Intentar entender la teoría aroniana sobre la construcción del discurso histórico obliga igualmente a retroceder en el tiempo hasta la centuria en la cual se sentaron las bases científicas de la disciplina; como es sabido, la profesionalización de la historia a mediados del siglo XIX hizo imperiosa la definición de unos parámetros que le aseguraran a ésta un carácter sistemático, propio de las ciencias modernas. Ser profesional encarnó desde este instante poseer, entre otras cosas, la “certificación de haber aprendido la autodisciplina necesaria para la superación de intereses personales, sesgos o problemáticas puntuales” que impedían alcanzar la verdad histórica, acontecer que fue legitimado gracias a la fundación de los primeros institutos de investigación, de los primeros departamentos universitarios y de las primeras revistas especializadas (Appleby, 1998: 79).<sup>11</sup>

El éxito de esa estrategia estuvo estrechamente ligado a la difusión de una nueva concepción del tiempo que, siendo deudora de la noción de

progreso imperante en la época, terminó por homogeneizar y estandarizar “la vivencia del presente”, generando así la creencia de que “los hombres ya no estaban condenados a cometer los errores pasados” puesto que “el análisis de la experiencia humana” los habilitaba para “crear un futuro mejor”. El corolario de todo ello fue la creación de nacientes “pedagogías de investigación” que se fundamentaban en una metodología concreta que respaldaba “la interpretación de los hechos” a través de un examen riguroso de los manuscritos encontrados en los archivos o en las bibliotecas, indagación que iba a permitir la enunciación de leyes referentes al pasado que en adelante regirían los destinos de toda la humanidad (Appleby, 1998: 61-62).

La fe tanto en las verdades absolutas de la historia como en la definición de leyes científicas perennes sobre el decurso humano encontró en Leopoldo von Ranke su más grande predicador; incluso, desde los tempranos años cuarenta del siglo XIX, él había sido el responsable de aseverar que la tarea del historiador sólo era mostrar cómo habían “sido realmente las cosas”, premisa que a la postre se convirtió en el lema de batalla de la corriente positivista (Appleby, 1998: 78; Carr, 1983: 51).<sup>12</sup> Los investigadores que se suscribieron a ésta, ansiosos por consolidar su defensa de la historia como ciencia, coincidieron en señalar que la disciplina precisaba de ciertos “indicios materiales” que, siendo analizados en una suerte de “laboratorio en donde eran sometidos a sofisticadas técnicas” para asegurar su fiabilidad, harían posible el desarrollo de generalizaciones establecidas sobre la base de un “modelo científico”. Esta tarea suponía, al igual que en la tradición de la “filosofía empírica del conocimiento, una total separación del sujeto del objeto”, escisión que se sustentaba en la idea de que los “hechos incidían en el observador desde el exterior” y eran, por ende, “independientes de su conciencia” (Appleby, 1998: 27; Burke, 1992: 6; Carr, 1983: 51).

Los preceptos epistemológicos que alimentaron la concepción rankeana de la historia derivaron en la instauración de una teoría particular; de acuerdo con la opinión de este intelectual, la manera de “adquirir conocimiento” histórico era “a través de la percepción de lo particular”, para lo cual era indispensable que el historiador se resistiera a la autoridad “de las ideas preconcebidas” (White, 1992, 161-163). La investigación histórica debía

entonces presentarse, dentro de esta línea de pensamiento, con el “tono distante del narrador omnisciente” que, situado “por encima de las supersticiones y los prejuicios”, declaraba “una verdad aceptable para cualquier otro investigador” que aplicara idénticas “normas a los mismos documentos” (Appleby, 1998: 77).<sup>13</sup>

La aceptación de la noción de un discurso histórico único e infalible fue puesta en duda desde muy temprano por Aron, quién desde la publicación de su *“Introducción a la Filosofía de la Historia”* maduró “una concepción del papel de las ciencias sociales y de la relación entre el científico social y la política” a la “que, desde ese entonces”, permaneció, “en lo esencial, siempre fiel”. En aquella obra, “inspirándose críticamente en Wilhelm Dilthey y sobre todo en Max Weber”, el filósofo francés recuperó “la tesis fundamental del historicismo alemán sobre las diferencias entre ciencias de la cultura y ciencias de la naturaleza”, exaltó “la centralidad de la “comprensión” en las ciencias del hombre” y desmontó “las pretensiones científicas de las filosofías de la historia en su vertiente hegeliano-marxista, spengleriana o comtiana” (Panebianco, 2006: 26-27).

La diferencia radical de la teoría aroniana frente a los postulados positivistas que dominaban los círculos intelectuales del momento fue “su propuesta de una concepción original (para su tiempo y para la cultura académica francesa hacia la cual Aron” se dirigía), “de las tareas de la ciencia social”; según él, “dado que los éxitos históricos” eran “indeterminados y que los actores históricos” modificaban “el curso de la historia con sus decisiones y acciones”, la labor “del científico social” era la de “favorecer decisiones razonables”. La fórmula acuñada para lograr este objetivo consistía en que “el científico social” pusiera “a disposición de los actores, estadistas o simples ciudadanos, el conocimiento acumulado sobre los “determinismos parciales” (es decir, “las regularidades descubiertas en los comportamientos o en las interacciones sociales)” con el fin de ayudar a los hombres “de acción a tomar” conciencia “no sólo de los vínculos que dotaban de sentido sus actuaciones, sino también de la forma en la que podían “hacer un buen uso” –o mejor, “un uso razonable”– de su libertad de decisión”. Lógicamente, “en la base de esta concepción existía un doble rechazo”: por un lado, el de “la visión prometeica

de la ciencia social, propia del positivismo”, que soñaba “con una política guiada por la ciencia”; y por el otro, el “de los éxitos nihilistas del pensamiento de Weber, para quien las decisiones políticas eran “puras elecciones de valor, arbitrarias e irracionales” (Panebianco, 2006: 27).<sup>14</sup>

Indiscutiblemente, la conceptualización aroniana de la historia debe comprenderse a la luz del sustrato anterior. La primera observación que se debe hacer al respecto es que si bien es difícil confinar la obra de Aron dentro de un campo específico del saber, es posible argüir que en términos generales – y corriendo el riesgo de reducir lo irreducible–, la filosofía de la historia de Aron se puede sintetizar en una fórmula que él enunció a finales de la década del treinta: “el hombre está en la historia, el hombre es histórico; el hombre es una historia” (Baverez, 2005: 46-47).<sup>15</sup> Lo interesante de esta definición es que, aparte de encarnar una crítica al positivismo atrás mencionado, también significó una contribución filosófica al problema de la existencia humana.<sup>16</sup> En cuanto a lo primero, el filósofo francés permitió el nacimiento de lo que algunos autores han denominado “la epistemología de la sospecha en las ciencias sociales”, es decir, el surgimiento de una teoría del conocimiento basada en la idea de que “no hay ninguna verdad absoluta, sino verdades parciales”. Frente a lo segundo, el planteo aroniano supuso el reconocimiento de que “el hombre” era capaz de “superar su historicidad” a través de “la búsqueda del conocimiento y el compromiso”, constatación que iba dirigida a señalar que mientras aquél ejerciera “su libertad” podría “apartarse de la contingencia para acceder a una parte de universalidad” (Baverez, 2005: 46-47).

Cabe subrayar que la aceptación de ambos planteamientos llevó a Aron a situarse en las fronteras de la incredulidad científica que para ese momento rondaba a la historia, motivo por el cual se expuso al peligro de darle la razón a aquellos intelectuales que, invocando el relativismo, habían colmado a la disciplina de un halo de escepticismo que prácticamente la ubicaba en el ámbito de la ficción. Empero, la apuesta del filósofo galo para frenar cualquier posibilidad de ser incluido dentro de dicho grupo fue rehusarse a admitir la existencia de ese “relativismo absoluto que, al disolver a su vez los valores y la historia”, abría claramente “el camino al totalitarismo” (Baverez, 2005: 46-47).

Frente a lo anterior, no es de extrañar que la revisión de tales disquisiciones fuera el caldo de cultivo en el cual cristalizó –lustros más tarde– *Dimensiones de la conciencia histórica*, publicado por primera vez en francés en 1961. Los estudios allí reunidos (escritos, como el propio Aron lo expresaba en el Prólogo, “en el curso de los últimos quince años”), buscaban básicamente esclarecer, desde distintos ángulos, un mismo tópico: “el de la historia que vivimos y que nos esforzamos en pensar” (Aron, 1983: 9).<sup>17</sup> En tal dirección, es factible afirmar que la pretensión primordial de aquél al condensar bajo una única obra tales reflexiones fue demostrar dos cosas: a) cómo nuestras preocupaciones e intereses actuales determinaban la visión que teníamos de la historia; y b) cómo nuestro conocimiento histórico afectaba el comportamiento que manifestábamos en el presente (Barber, 1962: 592). De hecho, como Aron mismo lo expresaba, los ensayos compilados en el libro sacaban “a la luz los vínculos entre los problemas del saber histórico y los de la existencia en la historia”, intentando “hacer inteligible nuestra conciencia” de ésta “por referencia a los rasgos más importantes de la época presente” y permitiendo a la vez “comprender mejor” el entorno “por referencia a nuestras ideas y nuestras aspiraciones” (Aron, 1983: 9).

Es tangible, a la luz de las influencias historiográficas que marcaron el pensamiento aroniano, que una cuestión que sirvió para articular las distintas temáticas condensadas en *Dimensiones* ... fue la de la relación entre la fenomenología y las ciencias sociales; de hecho, retomando en buena parte el discurso formulado desde la década del treinta, Aron se preocupó por discurrir acerca de la existencia de un movimiento dialéctico al interior de la disciplina histórica que era el que la habilitaba para entender, por medio de la demarcación de un campo de análisis concreto, cuál era el papel cumplido por el hombre en la historia. Una aserción de este calibre implicaba, entre otras cosas, que la experiencia vivida (al igual que la conciencia de ella) era un elemento esencial en la construcción de la historia, pues mientras “los individuos y las sociedades” no conocieran su pasado iban a seguir sufriendo las consecuencias de aquello que ignoraban. Lo interesante de esta concepción fue, en última instancia, que autorizó al filósofo francés

para decretar que el hombre era “a la vez el sujeto y el objeto del conocimiento histórico” (Rossire, 1962: 330; Aron, 1983: 13).

Es de resaltar que en la teoría aroniana esa conciencia del devenir estuvo asimismo ligada a la idea del acontecimiento; hasta entonces, según lo denunciaba el propio Aron, las ciencias sociales se habían contentado con “aceptar el término acontecimiento como sinónimo de contingencia o accidente”, confundiéndolo de esta forma “con el hecho concreto en su conjunto espacio temporal o con una coincidencia de series”. En contrapartida, lo que él propuso fue admitir que el acontecimiento puro era “puntual y fugitivo” en la medida en que se desvanecía al acabarse; que era, por ende, “el contenido de una percepción” no estable (o sea, que no estaba consagrada para “un presente duradero”) y que por lo tanto, era “inaccesible más acá de todo saber”. Ello quería decir, en suma, que a lo máximo a lo que se podía pretender con miras a hacerlo inteligible era a evocarlo o a reconstituirlo, pero siempre teniendo en mente que esta reconstrucción iba a ser realizada por un narrador (Aron, 1984: 53).

El corolario de tales disquisiciones fue la asunción –totalmente contraria a los postulados positivistas– de que la historia no podía pretender alcanzar una objetividad semejante a la de otras ciencias, condición que sin embargo, en ningún momento hacía poner en duda su cientificidad; en un cierto sentido, pues, lo que afirmaba Aron es que era preciso convenir que las interpretaciones dadas por la disciplina se configuraban básicamente alrededor de la existencia de quienes las creaban, noción que implicaba anular la escisión sujeto-objeto (Rossire, 1962: 331). Este planteo acerca de la pluralidad de las perspectivas históricas no derivó, como se ha estado insistiendo, en la exaltación del relativismo; por el contrario, para el intelectual francés éste podía ser superado desde el instante en que el historiador dejaba “de pretender un distanciamiento imposible”, admitía su punto de vista, y en consecuencia, se volvía “capaz de reconocer” las proposiciones de los demás incluso cuando parecían contradictorias (Aron, 1983: 22).

El rasgo por excelencia del historiador era, dentro de este horizonte, su habilidad para comprender al hombre tal cual se integraba en la sociedad y analizar rigurosamente los diferentes tipos de conjuntos que de allí se

formaban; por ello, su función principal radicaba en intentar “penetrar en la conciencia del prójimo”, en ser, “por relación al ser histórico, el *otro*” (“psicólogo, estratega o filósofo”, su posición era siempre observar “desde el exterior”), en asumir que él nunca podía “pensar a su héroe, como éste” se había “pensado a sí mismo, ni ver la batalla como el general” la había sufrido, “ni comprender una doctrina de la misma manera que su creador” (Aron, 1983: 21-22).<sup>18</sup> La única forma de “interpretar un acto o una obra” era entonces reconstruyendo a cada uno de estos a partir de su propia subjetividad, condición que para Aron no era nefasta para la conceptualización de la historia como ciencia, siempre y cuando quedara claro que los límites del relativismo derivados de este proceso eran minimizados por el rigor del método empleado (Aron, 1983: 21-22)<sup>19</sup>. En sus propios términos:

(...) el relativismo que la propia historia del conocimiento histórico demuestra, no nos parece en absoluto fatal para la ciencia si se interpreta correctamente. La conciencia que tenemos de él marca un progreso filosófico, lejos de darnos una lección de escepticismo. Los límites del relativismo histórico dependen en primer lugar del rigor de los métodos mediante los cuales se establecen los hechos, de la imparcialidad necesaria y accesible del erudito, siempre que él se dedique a descifrar los textos o a interpretar los testimonios. Dependen además de las relaciones parciales que, a partir de ciertos puntos dados, se pueden derivar de la realidad misma. La relación causal entre un acontecimiento y sus antecedentes, una vez valorada la responsabilidad propia de cada uno de ellos (...) comporta tal vez una parte de incertidumbre, pero no de relatividad esencial. La relación entre un acto y sus motivos, un rito y un sistema de creencias (...) se prestan a un sistema de comprensión que deriva su inteligibilidad de la textura misma del objeto (Aron, 1983: 21-22).

La lección que se desprendió de dichos raciocinios fue primordialmente que la comprensión de la historia estaba ligada de manera irrefutable al rol capital de la decisión (de la selección) efectuada por el historiador. Tal elección entrañaba, además, la concepción de que el entendimiento “de los hombres unos por otros” era “en esencia un diálogo, un intercambio”



que, de todas formas, no estaba exento de cierta cientificidad. En realidad, “el esfuerzo científico del historiador” se afincaba justamente en no “suprimir ese elemento” subjetivo, sino en “eliminar” del conocimiento histórico “lo arbitrario, la injusticia” y “la parcialidad”, cometido que en la labor diaria de la disciplina se lograba a través del uso adecuado del método (Aron, 1983: 72).

La superposición de estos postulados al ámbito específico de la formación intelectual de Raymond Aron fructificó, en síntesis, en la formulación de una determinada concepción de la historia que, pese a no ser comprendida en toda su magnitud por sus contemporáneos, sin duda alguna simbolizó un paso importante en la configuración de la disciplina actual. Efectivamente, a diferencia de la mayoría de las corrientes epistemológicas que permearon los estudios históricos durante mediados del siglo XX, él no sólo se negó a escoger entre ciencia e historia sino también a diferenciar entre el intelectual comprometido con la academia y el pensador que disfrutaba de la libertad e independencia de la razón. Aron admitió la noción de necesidad en la historia –o al menos le concedió una probable causalidad– e inclusive, consintió el carácter fundamentalmente contingente de la experiencia histórica, arguyendo que éste era permeado, pero no determinado, por el juego coyuntural de las fuerzas globales (Kolodziej, 1985: 9).<sup>20</sup> Empero, a lo que él jamás accedió fue a afirmar su naturaleza providencial, es decir, a justificar en nombre de la disciplina la existencia de “una verdad política” o de “una norma válida” para ser instaurada “en todos los tiempos y en todos los lugares” (Aron, 2005: 13-15).

## **La mirada en profundidad**

El otro tópico que surge al adentrarse en la temática del presente escrito es qué era, en esencia, la historia para Aron. El mecanismo que él empleó para resolver esta pregunta fue examinar qué significaba la palabra en sí o mejor, qué denotaba: de acuerdo con su reflexión, tanto en francés (*Histoire*), como en inglés (*History*), como en alemán (*Geschichte*), dicho término hacía

referencia tanto a la realidad histórica como al conocimiento de esa realidad, es decir, “designaba a la vez el devenir de la humanidad y la ciencia que los hombres” se esforzaban “por elaborar sobre” éste, ambigüedad que le parecía bien fundamentada porque corroboraba su idea de que “la realidad y el conocimiento de esa realidad” eran “inseparables” (Aron, 1983: 13).<sup>21</sup> Una definición primigenia que se desprendió de tal constatación fue que la historia era la “narración, el relato o la historia de los muertos narrada por los vivos”, aseveración que progresivamente se transformó en un lema particular: “es el conocimiento del pasado humano” (Aron, 2005: 36).<sup>22</sup>

La primera inquietud que Aron manifestó frente a esta definición fue que se extrapolara hacia un enfoque que proclamara a la historia como una unidad; según él, el único rango de uniformidad ostentado por ella era el que procedía del “método, de la cuestión o de la perspectiva, pero no del objeto mismo”. Esto entrañaba, entre otras cosas, que era inadmisibles aseverar que “el pasado humano, considerado globalmente”, conformaba “una unidad en sí” o incluso, constituía una unidad con respecto al conocimiento que adquiriríamos de él (Aron, 2005: 38).<sup>23</sup> La segunda precaución que a raíz de este planteamiento quiso remarcar fue que el conocimiento de lo histórico no se restringía a “ubicar el pasado según la flecha temporal”: los verdaderos relatos históricos no eran, por ende, los que narraban una sucesión de acontecimientos sino los que se esforzaban “por recuperar o redescubrir el sentido, la estructura, la organización” y “el sistema de valores de cierta sociedad”.<sup>24</sup> La asunción de ambos razonamientos lo llevaron finalmente a matizar la definición inaugural, adoptando un punto de partida “más sencillo, más modesto e inmediatamente dado”, el cual se condensa en la cita siguiente:

(...) todos nosotros, hombres y mujeres de una [comunidad] existente en la actualidad, conservamos en torno nuestro huellas de lo que ha sido; conservamos (...) documentos o monumentos a partir de los cuales podemos más o menos reconstruir lo que han vivido los que nos precedieron. En este sentido, el conocimiento histórico, o la Historia en tanto que conocimiento es la reconstrucción de lo que ha sido, a partir de lo que es. Es la reconstrucción

de lo que ha sido en cierto lugar y en cierto tiempo. [Y es una reconstrucción que] se desprende de nuestra propia experiencia del presente (Aron, 1983:38).<sup>25</sup>

La historia, en consecuencia, era para la teoría aroniana una reconstitución, “por y para los vivos, de la vida de los muertos” que nacía del interés actual que tenían los seres humanos de “explorar el pasado”. Esa reconstrucción dependía esencialmente de la conciencia histórica de cada uno de ellos, la cual inevitablemente estaba marcada por la experiencia acumulada en el transcurso de su vida (Aron, 1983: 13,38).<sup>26</sup> Es de anotar, por otra parte, que el conocimiento que se iba adquiriendo con el paso del tiempo era justamente el que imponía –“por así decirlo”– “la necesidad de atribuir importancia y significación a la fortuna cambiante de las armas, las leyes, las ciudades, los regímenes”, etc., pero bajo ninguna circunstancia el entendimiento que de allí resultaba podía convertirse, según Aron, en un justificante para el predominio de una determinada ideología (Aron, 1983: 39).

En otras palabras, el mencionado intelectual galo era un convencido de que la historia tenía un sentido regido por la razón, pero tal admisión no implicaba que coincidiera en consentir –como sucedía con algunos de sus contemporáneos positivistas– que éste podía ser, o bien conocido de antemano, o bien impuesto a quienes (léase, países, comunidades o personas) no compartían el mismo grado de desarrollo; así pues, él sostenía explícitamente que “confundir esta idea de razón con la acción de un partido”, “con una técnica de organización económica” o con un régimen en particular era “librarse a los delirios del fanatismo”, pues indudablemente el hombre alienaba su humanidad tanto si renunciaba a buscar como si imaginaba “haber dicho la última palabra” (Aron, 1983: 54).

En términos estrictamente epistemológicos, la aceptación de que el historiador estaba mediado por su propia experiencia representó poner en entredicho el carácter científico de la disciplina, noción que como se ha estado insinuando, Aron refutaba categóricamente. De acuerdo con sus postulados, la existencia de la ciencia histórica –que en su naturaleza era dialéctica– se fundamentaba en la pretensión de “establecer o reconstruir los hechos según las técnicas más rigurosas”, fijando la cronología, tomando “los mitos y

leyendas como objetos para llegar a la tradición” y a través de éstos, alcanzando el “acontecimiento” que les había dado origen. En tal dirección, mientras que en la metodología positivista la ambición suprema del historiador “era saber y hacer saber” cómo había sucedido todo (es decir, aproximarse a la realidad pura), en el pensamiento aroniano se aceptaba que, más allá de las conquistas realizadas por los eruditos experimentados en los métodos históricos, el propósito cardinal de todo aquél que se interesara por estos temas debía ser arribar a la reflexión crítica (Aron, 1983: 14-15).<sup>27</sup> El “ser histórico”, por consiguiente, “no era ni el que duraba y acumulaba experiencias ni el que recordaba: la historia implicaba” entonces una “toma de conciencia mediante la cual el pasado se reconocía como tal” y se “le restituía una especie de presencia”. Igualmente, el “origen del conocimiento histórico no se hallaba en la memoria ni en el tiempo vivido, sino en la reflexión, que hacía a cada uno espectador de sí mismo” y “en la observación”, que era la que asumía “la experiencia del prójimo como objeto” (Aron, 1984: 112).

En relación con esta idea, vale la pena resaltar que Aron era perfectamente consciente de que ningún historiador iba a ser capaz jamás de dominar todo “el conjunto de los materiales” acumulados a lo largo de los miles de siglos que llevaba existiendo la civilización occidental; por ello, continuamente se empeñó en sostener que era necesario aceptar que el “triunfo de la ciencia histórica” implicaba paralelamente tanto la victoria de “los especialistas”, como el éxito de las colaboraciones con otras áreas afines del saber. En conformidad con lo anterior, él admitió en numerosas ocasiones que disciplinas tales como la demografía, la economía, la sociología, la etnología y la lingüística habían contribuido “a la comprensión de los períodos llamados históricos”, pero análogamente también advirtió que dicha cooperación no se podía configurar “yuxtaponiendo hechos o enumerando sus sectores”. A su juicio, para citar uno de los ejemplos que daba, “añadir un capítulo sobre las causas económicas e ideológicas a un relato de las peripecias diplomáticas del siglo XX” no bastaba “para reconstituir el orden del devenir que se quería captar” (Aron, 1983: 15-16, 112-119).

Es pertinente insistir en que la aserción precedente no demeritaba en nada su asentimiento alrededor de la cientificidad de la historia ya que,

como él mismo lo aseveraba, el ejercicio de reconstituir el pasado en sus dimensiones exactas no se basaba simplemente en la “investigación erudita y en la explicación rigurosa”, sino también en la determinación de los límites que le habían dado origen. La reconstitución del pasado, por consiguiente, no era un fin en sí mismo, pues en la medida en que estaba inspirado en un interés actual debía igualmente tender hacia un fin actual (Aron, 1983: 15-16).

La traducción de este argumento al ámbito concreto de la relación pasado-presente representó sacar a la luz el lazo “inevitable y legítimo” entre “el historiador y el personaje histórico”, “entre el monumento y los hombres” que se dedicaban a contemplarlo y sobre todo, entre el observador y el actor. Lo cierto es que esta última apreciación se erigió en la teoría aroniana en un sustrato inmejorable para abordar el problema del método: según el filósofo galo, la ciencia histórica no era una “reproducción pura y simple de lo que” había sido, así como la física tampoco era una “reproducción de la naturaleza”; si bien en los dos casos el objetivo ulterior era “elaborar un mundo inteligible a partir de lo dado en bruto”, lo que las diferenciaba era el tipo de reconstitución que se proponían efectuar. Mientras para la primera disciplina el interés era estudiar el devenir de las sociedades y de las culturas humanas (es decir, abocarse a lo singular), para la segunda el énfasis se situaba en la obtención de un “conjunto sistemático de leyes” que pudieran ser aplicadas invariablemente –o sea, aproximarse a lo general– (Aron, 1983: 17-18).<sup>28</sup>

En ambos escenarios, sin embargo, el común denominador era la premisa de que ninguna ciencia tenía la capacidad de abarcar la totalidad de lo real, motivo por el cual era preciso la creación de un método “propio de selección” que desentrañara lo que merecía ser explicado o lo que servía para explicar aquello que merecía serlo. En el contexto específico de la disciplina histórica, dicho método estaba basado en la escogencia de una determinada manera de construir los hechos, de elegir los conceptos, de organizar los conjuntos y de poner en perspectiva los sucesos o períodos. Este procedimiento, lejos de ser un acto preliminar “terminado de una vez para siempre”, era un accionar que continuamente se encontraba orientando el

curso de la investigación; ciertamente, la condición esencial de la selección histórica era que se hallaba dirigida por las preguntas que desde el presente se formulaba el historiador: toda historia, por ende, significaba la toma de conciencia por parte del “testigo, heredero u observador lejano” de lo que había acontecido (Aron, 1983: 19, 134,168).<sup>29</sup> En sus términos:

La ciencia histórica llega a tres tipos de conclusiones: el relato puro, las relaciones de causalidad [y] una representación global del devenir que parece el término último aun cuando ella inspire ya la tradición conceptual y la elección de los acontecimientos. Las relaciones de causalidad son objetivas, pero los términos aislados, es decir, las cuestiones planteadas corresponden a los problemas del historiador. Por supuesto, [no hay que olvidar que] la selección de regularidades tiene [también un] carácter político (Aron, 1984: 90).

Es importante recalcar que la validez de esa elección se encontraba estrechamente ligada a la aceptación del sistema de referencia al que pertenecía; esto quiere decir que pese a que no podía ser universalmente válida, su carácter rigurosamente científico podía ser estipulado en la medida en que la “selección decisiva” que resultara de los interrogantes planteados fuera contrastada sistemáticamente con la realidad. Tal operación, como se ha señalado previamente, debía efectuarse partiendo de la idea de que el historiador era incapaz de desprenderse de sí mismo, de su presente, para examinar su tema de estudio —o como el mismo Aron lo expresaba, aún si fuera factible hacerlo, ¿debía?— (Aron, 1983: 20-21).

La no separación entre objeto y sujeto, propia de la disciplina, lo llevó incluso a asegurar que la objetividad histórica reposaba en el entorno académico occidental en una “concepción demasiado simple de la selección”, razón por la cual él creía que era imperativo otorgarle una nueva significación. En su opinión, si se suponía que “el conjunto de la construcción histórica” estaba “orientado por la pregunta planteada o por los valores de referencia, la reconstitución en su totalidad” tenía que llevar “la marca de las decisiones del historiador; tenía que ser, por lo tanto, “solidaria con un punto de vista, con una puesta en perspectiva” que se podía “reconocer en el mejor de los

casos como legítima y fecunda, pero no imperativamente verdadera para todos” (Aron, 1983: 20-21).

Esta alusión remitía directamente al postulado aroniano de la no universalidad de la historia, enunciado que a su vez estaba estrechamente vinculado a dos aspectos capitales de su filosofía: a) qué era el conocimiento histórico; y b) cuál era su sentido. En lo concerniente al primer tópico, la posición del intelectual galo apuntaba en una única dirección: a saber, que el redescubrimiento del pasado debía realizarse a través de la doble dinámica que el historiador desempeñaba cuando, ubicado en su propio presente, hacía el esfuerzo de situarse al mismo tiempo en la realidad histórica que estaba analizando (logrando así entablar un diálogo entre el ayer y el hoy). La puesta en marcha de este proceso suponía además la asunción de que el conocimiento histórico estaba impedido para brindar una versión única de los hechos o inclusive, para definir cuál era el horizonte que todas las sociedades, las épocas y las culturas debían alcanzar. La presencia de una significación única era, por lo tanto, inconcebible para la teoría aroniana de la historia ya que ésta se apoyaba en la aceptación de que tanto las colectividades como los individuos, se reconocían en su singularidad precisamente a través del contacto mutuo (Aron, 1983: 22-23).<sup>30</sup>

En lo concerniente a la segunda cuestión, la tesis que Aron se dispuso a demostrar fue que la labor de captar el sentido de un acto o de un hecho histórico se fundamentaba primordialmente en hallar las intenciones de los actores, en elucidar las tradiciones de las sociedades y en dotar de significación a las actitudes incluidas en los gestos de los hombres a través de la selección de los acontecimientos que se iban a priorizar. A su juicio, la construcción de estos sucesos (la unidad) dejaba de ser arbitraria tan pronto como ellos se relacionaban con el contexto (el conjunto), procedimiento que, para ser posible, tenía que asentarse en la información que los documentos, los monumentos, los testimonios y las obras, le proporcionaban al historiador (Aron, 1983: 25-28).<sup>31</sup>

El desarrollo de dicha construcción estaba igualmente articulado al manejo de los datos; de acuerdo con Aron, la antítesis evidencia-inferencia que decimonómicamente se había enunciado en las ciencias sociales era falsa para

la disciplina histórica porque tanto los registros (*records*) como los restos (*remains*) del pasado que se iba a examinar habían sido conservados por “la selección ciega del tiempo”, premisa a la cual se aferraba para agregar que “el establecimiento de los hechos (pasados)” por medio de los documentos (rasgo primigenio del historiador) dependía directamente de las preguntas-problema que cada época se encargara de suscitar. Mirada desde un ángulo diferente, esta proposición terminó derivando en la idea de que la reconstrucción de los acaecimientos se hallaba fuertemente vinculada a su interpretación, lo que entrañaba que el profesional de la disciplina no podía asegurar nada que no fuera compatible con las fuentes que se había dispuesto a recopilar (Aron, 1983: 57-61).<sup>32</sup>

El riesgo que comportaba un argumento semejante era confundir al historiador con el cronista que se limitaba a acumular una serie de hechos, pero para evitar tal desenlace Raymond Aron se empeñó en corroborar que la génesis de la comprensión histórica (o la comprensión de los actores) residía en entender lo diferente a partir de lo similar o viceversa, procurando que en el proceso la imagen dada jamás se constituyera en un retrato definitivo “del pasado, sino a veces, definitivamente” en un retrato “válido” (Aron, 1983: 61-69,72). La continua preocupación del intelectual francés por discurrir sobre el acontecimiento estimuló que buena parte de los especialistas sobre la materia coincidieran en declarar que el “carácter *evenementielle*” que adoptaba el quehacer histórico “en los esquemas aronianos” era un síntoma indiscutible de que “la historia por excelencia” para él era “la historia política”, entendiendo aquí este término tanto en su referencia a “la realidad política” como tal, como a la “conciencia que el hombre común tenía de ella” (Molina Caro, 2008: 221).<sup>33</sup>

Es pertinente indicar que el énfasis que Aron puso en la condición “acontecimental” de la disciplina se erigió en una suerte de punto de inflexión para que él pudiera introducirse en algunos de los debates epistemológicos que se encontraban en boga a mediados del siglo XX. La alusión a conceptos tales como determinismo, incertidumbre e imparcialidad, marcaron en consecuencia la pauta para sus disquisiciones sobre la realidad histórica pues, a su juicio, la forma en que el historiador se aproximaba al pasado siempre



estaba permeada por la condición relativa e inmaterial de aquello que desconocía y que procuraba comprender a partir de las experiencias vividas o de las significaciones que él mismo le otorgaba a dichas experiencias (Aron, 1983: 75-89,177). Tal modo de proceder impedía, por ende, que fuera posible efectuar una demostración irrefutable de lo que había sucedido, constatación que sin embargo no debía desembocar ni en la exaltación del escepticismo ni en la ratificación de una totalidad histórica, es decir, de un porvenir inevitable hacia el cual iba a dirigirse toda la humanidad (Aron, 1983: 321).

Indudablemente, la médula de la teoría aroniana sobre la historia giraba en torno a la concepción de que el conocimiento histórico nacía fundamentalmente de la curiosidad: el historiador, en su pretensión de buscar los orígenes, no se contentaba simplemente con interesarse por “los individuos, las personas o las colectividades” en su singularidad, por comprobar el acontecimiento o por buscar sus causas en el pasado, sino que además sentía la necesidad de ampliar “poco a poco” el marco de su investigación. Esta actitud no era efecto únicamente de la “continuidad de la historia humana” sino también de su propio interés por indagar, circunstancia que a la vez traía “consigo el enriquecimiento de la documentación y del saber” (Aron, 1983: 120).<sup>34</sup>

En síntesis, el legado que Aron quiso dejar a la luz de los planteamientos atrás reseñados fue que el investigador no debía renunciar a establecer períodos o a caracterizar épocas haciendo uso de aquellos sucesos que consideraba de particular relevancia, ya que uno de los fundamentos de su oficio era precisamente el disfrutar de cierta libertad en la elección de los criterios que iba a aplicar para su análisis. No obstante, él también advertía que para que dicha selección ratificara el carácter científico de la historia, el requisito indispensable que ésta debía cumplir era que estuviera sustentada en los resultados que sólo el rigor del método crítico anteriormente explicado le podía conferir (Aron, 1983: 112-121).<sup>35</sup> En palabras de Ángel Panebianco:

[En] relación al método de análisis, se aclara eso que Aron entiende cuando defiende la idea de que el estudioso deba saber mantener, en la explicación de los éxitos históricos, un equilibrio entre la consideración de las determinantes “macro-sociológicas” y el peso que tienen las convicciones y las

decisiones de los individuos. De aquí surge nítidamente el cuadro en cuyo interior, según Aron, se desarrollan las luchas y los dramas humanos, aquella combinación de necesidad y libertad que deja abierto el futuro, la auténtica libertad de elección de los hombres, no obstante que esté influenciada por las condiciones históricas y por la historia misma –como le gustaba repetir a Aron–, hecha de hombres que no siempre saben cuál historia están haciendo (Panebianco, 2006: 28).

## **El planteamiento final**

La convicción que permeaba todo el pensamiento aroniano era que el conocimiento histórico, correctamente utilizado, era útil para que cada ser humano llegara a dilucidar cómo el ámbito en el que vivía se había convertido en aquello que sus propios ojos podían observar.<sup>36</sup> Los acaecimientos del pasado, por consiguiente, no eran esencialmente diferentes de la comprensión del futuro: el acercamiento a aquello que se ignoraba pero que merecía ser recordado, suponía entonces el reconocimiento tanto de la coyuntura histórica como de la condición humana, debido justamente a que el individuo comprometido con su época estaba obligado a interrogarse sobre la importancia del devenir que lo rodeaba y sobre el sentido que, “más allá del saber y de las máquinas”, quería darle a su existencia. Lógicamente a lo que apuntaba esta afirmación era a ratificar que el nexo pasado-presente-futuro era imprescindible en la reconstrucción de la historia –aunque sobre todo, de la historia particular de la humanidad que había subsistido a los episodios “llenos de dolor humano, de crímenes sin precedente, de promesas desmedidas” que se habían producido después del estallido de la Primera Guerra Mundial– (Strong, 1972: 189; y Aron, 1983: 132-133 y 273).<sup>37</sup>

La situación inédita en la que se encontraban los hombres y mujeres de mediados del siglo XX era percibida por Aron como un indicio imponderable del ascenso de una nueva etapa en el desarrollo global; por ello, siendo un opositor furibundo a las propuestas de quienes, legitimados en el relato histórico, ponían a la civilización occidental como modelo a seguir y “encon-

traban en la procesión de imperios o regímenes sociales las etapas” del progreso mundial, llama la atención que él mismo opinara que jamás la humanidad había estado tan cerca, como lo estaba en su época, de constituir una unidad. El rasgo singular del tiempo en el que se hallaba inmerso era, por ende, que se colocaba *ad portas* del alba de la historia universal (Aron, 1983: 273-274).

Es innegable que la ambigüedad que se desprende de tales proposiciones resulta bastante extraña si se toma en consideración que uno de los denominadores comunes del sistema explicativo aroniano fue el rechazo a cualquier determinismo que, inspirado en la consolidación de las filosofías unitarias, tendía a imponer al otro, al diferente, una serie de cláusulas u obligaciones que supuestamente estaban encaminadas a la consecución de su bienestar. En tal dirección, es sugerente que, luego de las críticas constantes que Raymond Aron realizó a lo largo de su formación intelectual (expresadas tanto en la *Introducción...* como en algunos de los escritos que conformaban *Dimensiones...*) con respecto a las “historias universales o a las sociologías de la cultura” que pretendían entender el mundo a través de un único lente, él terminara construyendo un relato (aún aceptando que su profesión no fuera la de historiador) en donde se ratificaba la ausencia de toda pluralidad (Aron, 1983: 32-36).<sup>38</sup>

Más allá de querer brindar una respuesta a tal interrogante, lo que aquí interesa es dejar formulada dicha inquietud situándola, eso sí, dentro de los parámetros del pensamiento aroniano: pese a ser consciente de que ante la ciencia las viejas civilizaciones del Extremo Oriente se habían venido abajo y la civilización mecanizada había dado la vuelta triunfal al planeta, Aron nunca titubeó en afirmar que la duda que consumía por entonces a Occidente se basaba en una dualidad fundamental; a saber, si prefería aquello que aportaba a los demás o aquello que destruía. El corolario de todo esto fue que el miedo de los occidentales a ser víctimas de sus propias creaciones acabó permeando no sólo la comprensión de la realidad sino también la imaginación del futuro, premisa que desafortunadamente (en la medida en que sigue nublando la interpretación que hace de la historia) no ha perdido vigencia hasta el día de hoy (Aron, 1983: 36).

¿Hay alguna forma de superar este decurso de las cosas? La conclusión a la que se llega ahora parece ser, paradójicamente, la misma a la que arribó Aron décadas atrás:

En la medida en que la humanidad vive ahora una historia única, deberá adquirir otro dominio racional, no ya sobre los instintos biológicos sino sobre las pasiones sociales. Cuanto más vivan en el *mismo* mundo hombres de razas, religiones y costumbres *distintas*, más deben mostrarse capaces de tolerancia, de respeto mutuo. Deben reconocer recíprocamente su humanidad sin ambición de reinar ni voluntad de conquistar. Fórmulas triviales que el lector suscribirá sin esfuerzo. Pero que se reflexione en ello: exigen del hombre una virtud de una nueva especie. (...) Nunca los hombres han tenido tantos motivos para no matarse más entre ellos. Nunca han tenido antes tantos motivos para sentirse asociados en una sola y misma empresa. No concluyo de ello que la edad de la historia universal sea pacífica. Lo sabemos: el hombre es un ser razonable, pero ¿lo son los hombres? (Aron, 1983: 305,308).

## NOTAS

---

- 1 Es de recordar que la “reconstrucción histórica del gran conflicto entre Atenas y Esparta” efectuada por Tucídides en su “Guerra del Peloponeso” tuvo una gran influencia en los estudios realizados por Aron acerca de las “guerras del siglo XX”. Este filósofo francés “admirará” especialmente de aquél su capacidad “para representar el drama histórico sin olvidar la acción causal de los factores, diríamos hoy, macro-sociológicos, pero, al mismo tiempo, sin perder de vista la importancia de las elecciones, de las decisiones que los hombres toman en el curso de la guerra y que contribuyen a determinar su éxito” (Panbianco, 2006: 27).
- 2 De hecho, en uno de sus textos más célebres él afirmó: “ningún historiador serio tendría la pretensión que usted me sugiere, pero yo no soy historiador. Filósofo y sociólogo, no lo sé” (Aron, 1983: 273).
- 3 Sobre este tema en concreto, se recomienda remitirse al capítulo VI de *Dimensiones de la conciencia histórica*, el cual se titula “Naciones e imperios” (Aron, 1983: 181-272).
- 4 Según Baverez, el pensamiento de “Raymond Aron descansa sobre tres pilares: una filosofía del hombre en la historia, una definición liberal de la libertad, [y] su apuesta a favor de la razón” (Baverez, 2005: 46).
- 5 Sobre este tema remitirse, entre otros, al libro *Historia del siglo XX* (Hobsbawm, 1995).

- 6 Llama la atención que “la producción de artículos y ensayos” de este período “fuera considerada por el propio Aron como detestable”, debido a que de acuerdo con su propio análisis, para entonces él todavía “no sabía observar la realidad política” ni “tampoco sabía distinguir de una manera radical lo deseable y lo posible” (Galván Díaz, 1986: 162-163).
- 7 De acuerdo con Galván Díaz, Raymond Aron fue el primero en llevar a “Weber a Francia”. No obstante, también que comenta que “a los miembros de la Escuela de Frankfurt no los conoció en Alemania, sino después de 1933 en París” (Galván Díaz, 1986: 163-164).
- 8 Panebianco explica que Aron adquirió cierta “fama de editorialista” de “1947 a 1977 en *Le Figaro* y después en *L'Express*” (Panebianco, 2006: 26).
- 9 La traducción del inglés es mía. Según el planteo de Hassner, la “confesión de su ignorancia” se ajustaba tanto “a la conclusión de su *Introducción a la filosofía de la historia* como a la conciencia histórica de nuestro tiempo” (Hassner, 1985: 36).
- 10 La pretensión básica de esta última aseveración era mostrar que los procesos históricos no podían ser entendidos a través de respuestas fabricadas de antemano: “para actuar sobre la historia” primero había que “comprenderla” y para comprenderla, era necesario comenzar por leerla a través de una determinada clave conceptual que en el pensamiento aroniano acabó siendo construida en torno a “dos antagonismos fundamentales: la democracia y el totalitarismo; la nación y el imperio” (Baverez, 2005: 41-42).
- 11 Esta homogenización del presente también tuvo sus detractores, rechazo que alcanzó su máxima expresión en el romanticismo alemán.
- 12 Según Augusto Comte, “todo avance del conocimiento” dependía de “la postulación de leyes generales, resultantes de la observación directa de los fenómenos”, precepto que fue rápidamente acogido por los historiadores (Appleby, 1998: 72; Putnam, 1988: 186).
- 13 Una de las consecuencias más palpables de este devenir fue precisamente la emancipación de la historia de la filosofía (Appleby, 1998: 79).
- 14 Es necesario indicar que en toda la obra de Aron, “los nombres de algunos pensadores clásicos serán constantes. Así, surge el nombre de Auguste Comte, del cual Aron rechaza la filosofía de la historia (la ‘ley de los tres estadios’) pero del cual recupera la pionera descripción de la ‘sociedad industrial’ y la idea de que con el industrialismo se ha producido una radical fractura en la historia de las sociedades humanas. Surge el nombre de Karl Marx, del cual Aron, inflexible adversario del marxismo, reconoce sin embargo la genialidad y también la perdurable utilidad de su pensamiento, de ciertas intuiciones sobre el funcionamiento de la sociedad capitalista”. Y finalmente, surge “también el nombre de Weber. Con el pensamiento de Weber, Aron dialogará toda la vida, pero es errónea la interpretación que se hace de Aron al definirlo simplemente como un sociólogo ‘weberiano’, un epígono” de aquél. “De Weber, Aron adopta algunos aspectos de su metodología, pero no encuentra satisfactorias todas las soluciones indicadas por el sociólogo alemán: no comparte, por ejemplo, la conexión que Weber estipula entre explicación ‘comprensiva’ y explicación causal. Sobre todo critica enérgicamente la clara distinción de Weber entre los hechos y los valores, y no está dispuesto a seguirlo sobre la dirección, radicalmente anti-iluminista, de la negación de la existencia de un fundamento racional de las decisiones políticas” (Panebianco, 2006: 27-28).

- 15 Incluso si se delimitara el alcance del pensamiento aroniano a sus contribuciones en materia de las ciencias políticas (que fue el campo que lo convirtió en un autor mundialmente reconocido), los resultados de ese proceso serían parciales. Ello se debe, primordialmente, a que el *corpus* de sus investigaciones es extremadamente complejo y extenso como para admitir ser categorizado o condensado en pocas palabras, pues sus escritos se distinguieron por abarcar “un amplio rango de disciplinas y profesiones, incluyendo la historia, la filosofía, la sociología y la economía” a través de la apelación a variadas audiencias que, aparte de estar inscritas en contextos diferentes, también respondían a sistemas teóricos ubicados en diversos niveles de análisis (Kolodziej, 1985: 6).
- 16 Es de anotar que, en relación con este texto, Aron aseguró años después que para él *Introducción a la filosofía de la historia* sólo había significado un capítulo, “el más formal, de la teoría del conocimiento histórico” (Aron, 1983: 9).
- 17 De acuerdo con Aron, la diferencia de este libro frente a *Introducción a la filosofía de la historia* es que este último “expresaba una intención propiamente epistemológica” (Aron, 1983: 9).
- 18 Frente a esta cuestión Aron exponía lo siguiente: “debemos colocarnos en el lugar del otro, establecer lo que sabía, concebir lo que ha querido. Si adjudicamos un acto a una persona, se trata de todo un saber y de toda una jerarquía de valores que estamos en el derecho de reconstruir. ¿Es una tarea imposible, exterior a la ciencia? De ningún modo: en realidad, desde que se trata de hombres o periodos alejados no tenemos otro recurso. La comprensión histórica aumenta, apunta no tanto a captar individuos como a abarcar una concepción del mundo” (Aron, 1984: 144).
- 19 En textos posteriores Aron revisó esta postura de su juventud, según la cual para acceder al conocimiento del pasado se requería empezar por el conocimiento de uno mismo, luego por el conocimiento del otro, y finalmente por el análisis del “espíritu objetivo o la mentalidad objetiva” que era la que permitía realmente “comprender al otro” (Aron, 1995:38; Aron, 1984: 65).
- 20 La noción de contingencia era definida por Aron como el “surgimiento, en un momento del tiempo, en un punto del espacio, de algo que no era consecuencia necesaria por ley” (Aron, 1983: 73).
- 21 Téngase en cuenta, de todas formas, que dos de esos tres idiomas también tenían palabras que permitían hacer la distinción entre la disciplina y el relato del cual ella iba a nutrirse –en inglés, se hallaba el vocablo *Story* y en alemán el nombre *Historie*– (Aron, 1983: 13).
- 22 Este autor comenta que en Francia se podía usar la palabra *historiographie* para nombrar la manera como se escribía la historia pero su diferencia con el acto cognoscitivo como tal no era tan clara: “a veces se utiliza tanto para designar el fenómeno subjetivo del conocimiento histórico como el fenómeno que se supone objetivo u objetivado” (Aron, 2005: 36).
- 23 Es de anotar, sin embargo, que para Aron no todo “conocimiento retrospectivo” era historia (Aron, 1984: 108).
- 24 Aron entiende por relato “la descripción de una sociedad o la organización de una sociedad” (Aron, 1983: 38).

- 25 Cabe advertir que las palabras contenidas en estos signos de puntuación [] no pertenecen al texto original; de hecho, se utilizan para mantener la coherencia gramatical del texto. Este mismo sistema narrativo se empleará a lo largo de todo el escrito, a menos de que se especifique lo contrario.
- 26 La conciencia histórica, “en sentido estricto y fuerte de la expresión”, comportaba para Aron “tres elementos específicos: la conciencia de una dialéctica entre tradición y libertad” (lo que los filósofos llaman historicidad), “el esfuerzo por captar la realidad o la verdad del pasado” y “el sentimiento de que la sucesión de las organizaciones sociales” y de “las creaciones humanas a través de los tiempos no es cualquiera ni indiferente”, sino “que concierne al hombre en lo que éste tiene de esencial” (Aron, 1983: 103). Asimismo, es pertinente mencionar que para Aron la conciencia histórica era también conciencia política.
- 27 En lo tocante a la dimensión dialéctica de la historia, Nicolás Baverez comenta lo siguiente: “para Aron, la historia era una dialéctica” que enfrentaba en un “orden siempre aleatorio y recompuesto, la acción humana y la necesidad, el drama y el proceso histórico. Por un lado, la dinámica de la sociedad industrial y del mercado, de la democracia y de la igualdad; por otro, la acción de los héroes, ya sean hombres de acción o de pensamiento” (Baverez, 2005: 34). Este precepto estaba fundamentado, como el propio Aron lo admitía, en las tesis acuñadas por Nietzsche en sus *Consideraciones inactuales*. Si se quiere profundizar en la concepción nietzscheana de la historia se recomienda ver, entre otros, Suárez Mayorga (2000).
- 28 Cabe insistir en que estos planteamientos fueron tomados por Aron de los filósofos neokantianos (aunque en especial, de Dilthey, Rickert, Simmel y Max Weber). La comparación de la historia con la física facultó a Aron para adentrarse en la distinción entre ciencia y filosofía de la historia; a grandes rasgos, lo que él asevera al respecto es que, pese a que siempre había una “cierta especie de filosofía presente en todas las interpretaciones históricas”, lo que caracterizaba a la segunda era que los filósofos se abocaban explícitamente a desentrañar todos los elementos propios de esa filosofía con el fin de sistematizarlos y construir una “interpretación del pasado entero” con base en la “idea de verdad”. Los historiadores, en contrapartida, no tenían por misión concentrarse en fijar la verdad de la evolución humana sino simplemente en precisar “la realidad del devenir” (Aron, 1983: 23-24).
- 29 Para Aron, toda reconstrucción del pasado era, por consiguiente, una selección.
- 30 En relación con este punto, Aron estaba claramente en oposición al Plan de la Naturaleza descrito por Kant. En sus palabras: “la historia es libre porque no está escrita de antemano ni determinada como una naturaleza o una fatalidad”; es “imprevisible”, así como lo es “el hombre para sí mismo” (Aron, 1984: 84).
- 31 Para este autor, las obras contenían “también el testimonio de las ideas y los sentimientos de quienes” las habían creado (Aron, 1983: 59).
- 32 En la terminología aroniana: “el conocimiento histórico no consiste en relatar lo que ha ocurrido según los documentos escritos que se han conservado por accidente para nosotros, sino, sabiendo lo que queremos descubrir y cuáles son los principales aspectos de toda colectividad”. Luego de esto debemos “ponernos en busca de los documentos que nos abrirán el acceso al pasado” (Aron, 1983: 113).

- 33 Para Aron, el historiador era un estudioso ubicado en un momento determinado del tiempo que, por su propia naturaleza, siempre se esforzaba por situarse en el devenir.
- 34 Es ostensible que algunas de las propuestas aronianas sobre la historia estaban influenciadas por las tesis (ciertamente revolucionarias para la época) que la escuela de *Annales* había comenzado a elaborar en torno a la disciplina histórica desde su fundación en 1929. Inclusive, con respecto a las fuentes utilizadas por el historiador, Aron basaba sus ideas en la argumentación proporcionada por Lucien Febvre en su libro *Combates por la Historia*. En concreto, la cita que él reseñaba de su compatriota era la siguiente: “Sin duda la historia se hace con documentos escritos. Cuando los hay. Pero puede hacerse, debe hacerse sin documentos escritos, si éstos no existen. Con todo lo que la ingeniosidad del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de flores usuales. Así pues, con palabras. Con signos, paisajes y mosaicos. (...) En una palabra, con todo lo que, siendo del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las maneras de ser del hombre” (Aron, 1983: 120).
- 35 Aron condensaba estos planteamientos finales en la frase siguiente: “No pretendo, por supuesto haber alcanzado la imparcialidad; insisto en que la vía de la imparcialidad pasa por el método cuyas etapas acabo de recordar para no confundirlas: relato, análisis, interpretación y crítica” (Aron, 1984: 279)
- 36 El programa de trabajo aroniano podía resumirse, tal como lo comenta Panebianco, en tres aspectos: a) “conciencia sobre los límites del saber científico-social; b) “énfasis sobre la libertad, no obstante que no es ilimitada, de los actores históricos”; y c) “visión de la ciencia social como un humilde instrumento de servicio” (Panebianco, 2006: 27).
- 37 Frente a esta cuestión Aron expresaba que no había presente histórico sin recuerdos – pasado– y sin presentimientos –futuro– (Aron, 1983: 181).
- 38 No se puede desconocer que Aron sabía que la redacción de un texto semejante iba a generarle críticas significativas por parte de sus colegas, testimonio de lo cual es que al comienzo de *El alba de la historia universal* dedicó unas cuantas líneas a plantear su defensa. Según él, su escrito no iba a ser un relato como el de Tucídides ni una “síntesis como la de Burckhardt a propósito del Renacimiento italiano”; por el contrario, iba a ser un ensayo “limitado en su perspectiva por las limitaciones inevitables de la personalidad del autor, marcado por la experiencia y las aspiraciones de un hombre comprometido en un país, en una generación, en un sistema intelectual” (Aron, 1983: 274-275).



## REFERENCIAS

---

- Appleby, Joyce, Lynn Hunt y Margaret Jacob, 1998, *La verdad sobre la historia*, España: Editorial Andrés Bello.
- Aron, Raymond, 1983 [1961], *Dimensiones de la conciencia histórica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Aron, Raymond, 1984 [1937], *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica. Completado con textos recientes*, Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Aron, Raymond, 1995, “¿Qué es la historia?”, *Revista La Gaceta* 295 (Julio), pp. 36-39, fragmento en anticipo del libro de Raymond Aron, *Lecciones sobre la Historia. Cursos del Collège de France*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Aron, Raymond, 2005 (1956), “El fanatismo, la prudencia y la fe”, *Commentaire* 109, (Sept.), pp. 5-19, también disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/es/IMG/pdf/0201-Aron-Esp.pdf>
- Barber, Bernard, 1962, “*Dimensions de la conscience historique*, by Raymond Aron”, *The American Journal of Sociology* 67 (March), pp. 592-593.
- Baverez, Nicolás, 2005, “Pensar la libertad a la luz de las guerras y revoluciones del siglo XX: Raymond Aron” en Lassalle (2005), pp.31-68.
- Lassalle, José María (coord.), 2005, *Raymond Aron: un liberal resistente*, Madrid: FAES Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales.
- Burke, Peter, 1992, *History and Social Theory*, New Jersey: Cornell University Press.
- Carr, Edward H, 1983, *¿Qué es la historia?*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Galván Díaz, Francisco, 1986, “El observador comprometido: Raymond Aron” (Reseña del libro *El observador comprometido*), *Dialéctica* 18 (Sept.), pp. 159-167, disponible on line.
- Hassner, Pierre, 1985, “Raymond Aron and the History of the Twentieth Century”, *International Studies Quarterly* 29 (March), pp. 29-37.
- Hobsbawm, Eric, 1995, *Historia del siglo XX*, Barcelona: Editorial Crítica.
- Kolodziej, Edward A., 1985, “A Critical Retrospective and Prospective”, *International Studies Quarterly* 29 (March), pp. 5-11.
- Loeza, Soledad, 1997, “Raymond Aron, el historiador desencantado” en Baca Olamendi, Laura e Isidro H. Cisneros (comp.), *Los Intelectuales y los Dilemas Políticos en el Siglo XX*, Tomo 2, México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), pp. 367-386.

- Molina Caro, Jerónimo, 2008, "Raymond Aron ante el maquiavelismo político", *Revista Internacional de Sociología (RIS)* 50, (Mayo-Agosto), pp. 9-33, en <http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/95/96>
- Panbianco, Ángelo, 2006 "Raymond Aron", *Metapolítica* 50 (Noviembre-Diciembre), pp. 26-28.
- Putnam, Hilary, 1988, *Razón, verdad e historia*, Madrid: Editorial Tecnos.
- Rossire, H, 1962, "Dimensions de la conscience historique, by Raymond Aron", *Revue française de sociologie*, 3 (Jul-Sep), pp. 330-334.
- Strong, Tracy B, 1972, "History and Choices: The Foundations of the Political Thought of Raymond Aron", *History and Theory* 11 (May), pp. 179-192.
- Suárez Mayorga, Adriana María, 2000, "La Historia en favor de la vida: el renacimiento de la cultura trágica. La mirada de Nietzsche", *Utopía* 12 (Septiembre), pp. 1-12.
- White, Hayden, 1992, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica.